



Emad Aboaasi El Nimer

Edredón

Cuentos



¿A QUIÉN PUEDE INTERESAR? (Segunda versión)

Al igual que el Tao Te Ching: “el que me conoce no habla de mí; pero, el que habla de mí, tampoco me conoce”.

EL AUTOBIOGRAFIADO

EDREDÓN

EMAD ABOAASI EL NIMER

Edredón

CUENTOS



© Universidad de Los Andes

© *Edredón*
© Emad Aboaasi El Nimer

1era edición, 2021

DISEÑO Y CONCEPTO GRÁFICO:

José Gregorio Vásquez

REVISIÓN DEL TEXTO:

Francisco Morales-Ardaya

IMAGEN DE PORTADA:

Tomada de www.pixabay.com

Hecho el Depósito de Ley:

Depósito Legal: ME2021000296

ISBN: 978-980-11-2053-7

*En este mundo sólo hay una parte de mis dones;
lo demás pertenece a mis sueños.*

RABINDRANATH TAGORE

A Nicanor Parra

Este libro recoge un manojito de relatos (pero no latos) que obedecen a varias de mis épocas escriturales. Se conservan gracias a Elizabeth Avendaño Cerrada, con quien los fui compartiendo en distintos momentos y circunstancias, con la única pretensión de que los percibiera —y fuese cómplice de mi furtiva locuacidad—; empero, cual fiel albacea, los guardó. Un día, al comentarle que había extraviado mis manuscritos de ocio, con suspicaz sonrisa, manifestó tenerlos en su poder. Entonces, me animó a organizarlos en un libro. Y es lo que hago. Pese a que los textos: “María” y “En/sueños (de) la errante soledad...” fueron publicados en las Revistas: *Solar*¹ y *La palabra: Poesía adentro*,² respectivamente, decidí incorporarlos en esta edición con unas leves modificaciones.

EL AUTOR

-
- 1 Fundación para el Desarrollo Cultural del estado Mérida (Fundecem), Mérida, Venezuela. Nro. 32, 2007, Quinta etapa, p. 60.
 - 2 Instituto Barinés de Cultura y Bellas Artes (INBCYBA). Barinas, Año VI, Nro. 19, enero-junio 2010, pp. 36-37.

RESQUICIOS E INTERSTICIOS DE EDREDÓN

11

Escribir es una labranza de palabras, texturas e imágenes; pero ¿puede sembrarse —cultivar metáforas— en un edredón? Sabemos que escribir, frase a frase, es una búsqueda de huerto, lugar labrantío donde —sin magia ni hechizos—, el poeta dibuja con letras la realidad ruda, cruda, rústica, sarcástica.

Pero también sabemos que, cuando la literatura fructifica, es porque el texto ha navegado miles de páginas y se ha zambullido en océanos de vigilia, sometido al torbellino, al riguroso ritual depurativo (exorcismos de relectura, conjuros de reescritura, secretos descifrados por la permanente corrección). Hasta que, como ahora, mediante la poda bonsái, la letra-semilla germina en surcos de lenguaje meticuloso, conciso, cáustico, sin virutas ni aserrín.

Y hablo de poda bonsái porque el autor, Emad Aboasi El Nimer, cierne la escritura, despojándola de enredos; tamiza la redacción, deshojando pétalos encubiertos, flores líricas, estambres de artificio. Se ve que prefiere el vocablo crudo, el jardín sin maquillaje, y para evitar riesgos y malentendidos, le mete tijera a las espigas marchitas y a los injertos de ornato.

Es evidente que, del arsenal del teclado, del silo de ideas, del limbo siempre inestable de las imágenes, Emad Aboasi El Nimer ha elegido una a una cada semilla, quiero decir cada

sílaba, cada palabra y, ahora —en este nuevo sembradío literario, con humor e ironía, del vecindario ciudadano— cosecha microhistorias frívolas, mitos fabulados y relatos escatológicos (digo entonces que en la ciudad estéril germinan relatos imprevistos).

Repito: cuando el libro nace, ya el manuscrito ha recorrido mapas cósmicos, desiertos submarinos y continentes celestiales. Y es que —lo sabemos—, cabalgando en la palabra, el escritor remonta horizontes distantes, hasta que, leyendo las aristas del mundo terrenal, descifra el código de la urbe. Intuye que la ciudad, árida selva de concreto, es la región más fecunda en historias, crónicas y conflictos.

De esa jungla arquitectónica, refugio o guarida de seres contradictorios, se alimenta este *Edredón* narrativo.³ Línea a línea, entre aforismos mordaces, Aboasi El Nimer narra satíricamente sucesos reales (quizá autobiográficos) y con desenfadado intuitivo convierte los acontecimientos imaginarios en confesiones del prójimo.

Lo sucinto de este *Edredón*, novena labranza de Aboasi El Nimer, nos muestra una predeterminación progresiva hacia la brevedad explícita. Así, la implacable restricción de adornos permite que cada personaje use un lenguaje libre, directo, descarnado (sin píldoras eruditas ni masajes catedráticos).

De hecho, cual labriego literario, en este nuevo sembradío, el autor abona el lenguaje con riego coloquial y alimenta la narración con vida cotidiana, sin necesidad de fertilizantes místicos ni abonos sobrenaturales.

3 Según el DRAE (Madrid, 1992, tomo I), *edredón* es: 1.- el plumón de ciertas aves del Norte; 2.- cobertor relleno con plumones, algodón, miraguano, etc.

Ojalá que en la jungla arquitectónica nadie se duerma sin leer este *Edredón* explícito y mundano.

13

AMABLE FERNÁNDEZ

UN TRÍO PARA ARIES

Al cumplir los veinte años, cambió. Andaba maloliente, apresurada y perdida. Se creía una gimnasta del conocimiento y del sexo; se creía una diosa. Se lo creyó tanto que nunca imaginó una derrota.

Hoy, su estrategia le falló. Se quedó sola. Ni el perro de la esquina vino a olerla.

Luego de cambiar a su adonis por un poeta, ahora anda con un estulto baterista. Cuando sube las escaleras para encontrarse con él, los vigilantes del vecindario murmuran con sus miradas. Ella no sabe que una lóbrega tormenta se le avecina; que el repudio y la soledad serán su recompensa, y la incomformidad orgásmica, su calvario; que no habrá libros ni lecciones que drenen su conciencia anegada de torpezas... Ella, no sabe que le harán pedazos su corazón de lata, y su cuerpo y mente mal latonados. “Sus noches serán de latón, lata y latonería”, dijo el chino, como refiriéndose a los roedores.

Saqué el paraguas cuando empezó a lloviznar. “No hace falta, me gusta humedecerme bajo la lluvia”, dijo. Seguimos caminando hasta despedirnos en la entrada del Edificio. Al rato, como gato espiando su presa, la vi en el segundo piso, buscando a un sexagenario para que le secara el rocío de su cuerpo. Torpemente tocó la puerta, que, *ipso facto*, se abrió. Entró. Como la puerta quedó entrecerrada, divisé cuando se reclinó sobre él, lo abrazó y hundió su rostro en su arrugado cuello. Lo besó como felina comiendo pellejo de pollo crudo. Me di la vuelta, y desperté. Aries aún dormía plácidamente.

TRES ESTUVIERON EN TRECE

A Amable Fernández

Al salir la luna, Alfred se transformaba. Se creía Drácula porque le encantaba chupar carne humana. Por temor a que lo descubrieran en la empresa, le dijo a su personal que no lo molestara en las noches, menos para resolver problemas laborales ni administrativos. Noel, su chofer de confianza, pensaba que era un acto de cobardía. Ante la duda, anoche fue a su casa. Alfred lo atendió con tanta delicadeza que, luego de despedirse, Noel se dirigió al famoso bar de la avenida 2. Entre cervezas, confesó sonriente: “Alfred es cobarde. De día no da la cara, pero de noche da el culo”.

A Rodolfo Quintero-Noguera

María Luisa salió a la calle de compras. Bajo su minifalda, los tacones empinados le daban un toque sensual a su andar. Su blusa rayada mareaba a los fisgones con astigmatismo. En su espalda descubierta se perdía la moribunda resolana del atardecer. Como quería cenar carne blanca, entró a la carnicería del catire de la avenida 4. Eran las 6:00 p.m. El carnicero no atendía clientes luego de esa hora, pero hizo la excepción con ella. A puerta cerrada, la atendió con tal sutileza que en sus miradas era inevitable el furor. Las hormonas no dejaron espacio para la coherencia de sus actos. En silencio, discurrieron los minutos, mientras el carnicero, con precisión, supo despellejar la presa entre sus manos, separó las alas, tomó las pechugas, apartó los muslos que estaban algo helados, y, de manera rápida, acomodó el pescuezo entre ellos. A María Luisa se le removieron las vísceras. Furtivamente, con piel de gallina, salió del local. Sus pasos eran plumosos. Cuando estaba llegando al corral, despertó manchada de sangre y, con olor a pollo crudo...

A Víctor Daniel Albornoz

Nada detuvo la inercia que bamboleaba como papagayo en la malicia de Juana, ni el magnetismo de perderse en su Ser. Bastó un pensamiento damasquinado de incertidumbres, para olvidarse de la toma de la buseta, las cervezas y el café. La semana pasada, llegó al trabajo con insolencias y mandó a todos al carajo. Salió de la oficina apresurada para tomar un taxi y encontrarse con su amante. Pero unos guardias del parque la confundieron con una mona que se había fugado del zoológico. Sin intercambiar palabras, la sedaron y la enjaularon...

Desde entonces, es una gran sensación para los turistas que vienen a la ciudad, porque es una mona que come bananas, habla de Claudio Nazoa, grita, ríe y cuenta historias de Julio César, sentada en las piernas de George.

TRILEMA CON PUNTAS ROÍDAS

A Francisco Morales Ardaya

Luego de trajinar por caminos del lenocinio, esperanzada, pensó que pasaría a recogerla para reciclarla y poseerla al menos como chatarra. Pero olvidó que él no era chatarrero, sino plomero del amor.

A Norbert Molina Medina

Amaneció creyendo que era carro. Salió a la calle conduciéndose con precaución. En la mano derecha llevaba un pequeño espejo para mirarse, aunque lo utilizaba como retrovisor. Con la otra saludaba a la gente como novia de pueblo en carroza de fiestas patronales. Sus pasos eran medidos. Respetaba las señalizaciones y los semáforos. Sólo transitaba por las aceras y sabía respetar el paso de los peatones. Al llegar a la calle 23, vio un taller mecánico; era de un amigo de infancia con quien había jugado a las escondidillas. Entró y lo saludó como chofer montado en camión. Luego, le pidió que le cambiara el aceite, le anillara el motor y le revisara las bujías. Él pensó que ella le hablaba de un carro, pero ante la insistencia de la amiga, cayó en cuenta que eran metáforas a propósito de su profesión y a tono con sus otrora juegos infantiles. Entonces, le pidió que lo acompañase a un lugar donde tenía las mejores herramientas. Mientras le hacía el mantenimiento, ella le pidió que le ajustara la velocidad a la caja; y él fue muy cauteloso para no excederse, porque su abuelo siempre le decía: “La velocidad máxima del amor es 68. Si llegas a 69, tienes que voltearte”.

A Ever Delgado

María era capaz de todo, con tal de lucir una bella dentadura. Semanalmente visitaba un odontólogo distinto porque creía que todos le mentían. Su padre la complacía en todo. Era su única hija y había quedado huérfana de madre desde los cinco años. De tanto insistir, la llevó al consultorio de Jorge, un dentista de renombre, ubicado en el centro de la ciudad.

Al entrar al consultorio, sintió dolor en todas las muelas. Tuvo que esperar mientras saliera el penúltimo paciente, pues ella sería la última de ese día. Cuando le tocó el turno, Jorge la invitó a pasar. Ella se sentó en la silla reclinable de los pacientes y esperó con la boca abierta. Él se acercó con la bata y el tapaboca puestos. Revisó pacientemente sin mediar palabras, cual si conociera su dentadura y la consulta fuese una más de rutina.

Jorge era un confabulador del silencio y la mirada. Hablaba más con los ojos y las manos. Determinó un puntito insignificante en el premolar izquierdo que con un buen cepillado desaparecería. Le explicó a María. Ella no salía de la emoción. Había descubierto al dentista sincero. Pensó: “Los otros me habían mentido. No es posible que en tantos años mis dientes se conserven intactos”. Inmediatamente, suplicó

que le taladrara —la muela— y le colocara resina del color de su dentadura. No soportaba el olor ni el color de la amalgama plateada.

Jorge taladró con detenimiento. Fue como acariciar una flor. No había mucho que hacer. La resina quedó perfecta. Su padre, agradecido por el buen trabajo, invitó a Jorge a su casa a cenar, quien se disculpó por no poder ir; manifestó que al otro día lo acompañaría a almorzar, si no era mucho pedir. Los tres estuvieron de acuerdo.

Al siguiente día, al terminar el almuerzo, Jorge tuvo que excusarse porque debía marcharse rápidamente. María y su padre asintieron con la mirada y la cabeza. Empero, antes de partir, le recordó a ella su próxima cita en el consultorio.

Desde entonces, María pensaba más en sus dientes porque era una forma de acercarse a Jorge. Había quedado prendada de él, tal vez, porque fue el dentista que le reveló su primera carie y le taladró una muela. Toda la dentadura “le dolía de amor”. Quería sentir en sus dientes las manos y el silencio de Jorge. Sus noches se le habían vuelto más blancas, reclinables y olorosas a consultorio. Cada viernes, al caer la tarde, lo visitaba. Siempre buscaba cualquier excusa: dolor en las encías, mal aliento, cordales, limpieza... En fin, tenía cómo justificar la consulta. Nada de importancia, según él, mas sí para ella.

Después de tantas semanas, Jorge sintió curiosidad por la afabilidad de María y, en una consulta, pacientemente, hurgó en sus dientes para rozar sus labios. Revisó de una forma más amena. En vez de introducir pinzas, le introdujo la lengua con la excusa de determinar con mayor sensibilidad la rugosidad de sus dientes. Sus manos le sujetaron el cuello. La besó de tal forma, que en un santiamén le desnudó el torso y le levantó la

falda. Acomodó bien la silla y, sin anestesia, brincó sobre ella. Mientras la acariciaba y la besaba locamente, con una mano prendió el taladro. No el mismo de siempre, uno más sensible y menos doloroso y traumático para María. Se lo deslizó por las entrepiernas, con la intención de calentarlo mejor y cerciorarse de la fortaleza de sus dientes a través de la fuerza de los huesos de sus piernas. María quería que Jorge le blanqueara los dientes, y él empezó por “blanquearle los ojos”.

TRÉBOL DE CUATRO HOJAS

A Augusto Monterroso

Todo marchaba bien; pero abrió la boca.

Nadie sabía que Nadia era la mujer de nadie. En el vecindario la creyeron ajena, hasta cuando leyeron su anuncio en el periódico pidiendo: “Un marido, por el amor de Dios...”.

La penetré tanto, que la rompí. La próxima vez, seré más cauteloso abriendo la arepa.

Por un episodio sangriento en su memoria, lo desplomó boca arriba. Con una zancadilla bien tramada, le fracturó el cráneo. La masa encefálica en el piso y la posición del cuerpo convencieron al forense de que fue una muerte por descuido del difunto.

INSOMNIO CON TRIÁNGULOS
Y HENDIDURAS

Al bajar las escaleras y penetrar el pasadizo, llegaron a la habitación 9. La puerta estaba abierta. Al cerrarla, giraron la llave dos veces. Prendieron una luz tenue, que, a la vista de una anatomía sin vestido, proyectaba la sombra de sus movimientos. Entre voces articuladas por su respiración, se tomaron por sus cinturas, se hicieron mimos con la punta de su nariz hasta volverse cíclopes, como en *Rayuela* de Cortázar. Se besaron con ternura durante unos minutos hasta cuando se recostaron descalzos en el lecho. En parsimonioso aleteo, descendieron caricias como pequeñas salamandras en un almendro. Los dedos de ella temblaban cual *tuteca* perdida en el césped. El fogón encendido en la imaginación enardecía sus límpidas pieles. Unos besos tibios entre los labios fueron diluyendo la adrenalina, hasta ahuyentar el vaho colado por la ventana de la habitación de una posada de carretera, sin saber que eran espíados.

Enredados entre los hombros, fueron sorbiéndose desde sus cuellos. La respiración fue guisando el surco de sus cuerpos, fueron hundiéndose entre sí, abrazándose, apretujándose levemente, hasta cuando —como por arte de magia— des-

4 Una primera versión de este cuento, titulada *Habitación 9*, recibió el Premio en Narrativa a nivel estatal, *Certamen de la Gran Explosión Cultural Bicentenario*, Mérida, 2012. Otra versión recibió Primera Mención en cuento en el *III Premio Nacional de Literatura “Rafael María Baralt”*, Maracaibo, 2015. Esta es su tercera versión.

enfundaron sus atuendos que enturbiaban la claridad de ese encuentro, tan necesitado de desnudez. Sumergidos debajo del edredón unos minutos, se desarroparon. La oscuridad había cubierto cualquier oportunidad de voyerismo y las mismas luciérnagas apagaban y encendían su luz. Sobre la base de un acierto, presintieron la deidad que solo conocían en las homilías dominicales y en la profundidad de sus sueños...

Inmediatamente, él descendió hacia los diminutos senos de ella que parecían dos hermosos canarios blancos dulcemente anidados a su tronco, con sus picos rosados. Besó el izquierdo con un lengüeteo pausado y en círculos; luego, hizo lo mismo con el derecho. Se deslizó zigzagueante por el abdomen. Mimó su ombligo. Siguió al talle, apartó sus finas lanosidades y, con la punta de su ávida lengua, cual tucusito en vuelo, se detuvo en los pistilos de su flor y, vibrante, se introdujo para revolotear en su ambrosía. Pudo descifrar el sabor de la entrega. El miedo que había en ella no era óbice para seguir afinando el momento. Fue una pequeña dosis, que, entre la confusión de emociones y sensaciones, adobó su caldera con arrojo.

La cama fija, su cuerpo tembloroso y su deseo como lengua de escorpión, fueron la tríada perfecta para inventarse en cada entrega... Alcanzó sus muslos y se detuvo en las entrepiernas, mientras ella, con sus manos, sujetó —quedamente— el rostro de él, hasta presagiar el acertijo de la gélida noche que empañaba los vidrios de la ventana y oscurecía la alcobá... Siguió por sus piernas. Llegó a los tobillos. Besó sus pies gráciles, hermosos y blancos como el plumaje de los cisnes. Retornó por el mismo trazado, como quien se devuelve para ir recordando el camino por el que transitó. Se besaron y se encorsetaron. El matiz de sus rostros irradió arroyos de placer. Tal vez, estaban tocando los astros, porque en la gravitación

universal sabían que giraban alrededor de esa pasión celestial, que hacía rechiflar mis oídos de tanta ebullición.

Al instante, en él resplandeció el fulgor de un regocijo corporal, una pose de antología para hilvanar sus apetencias. Se sentó en la cama, mirando hacia la entrada para que su amada se columpiara entre sus piernas. Con destreza de hilandero, la enhebró como hilo en una aguja. Hundió su felpuda barbilla en vaivenes tiernos desde su rostro hasta la yugular. La tomó tiernamente por sus cabellos. Ella se inclinó un poco más y levemente alzó las extremidades inferiores. Tocaron el flautín de sus cuerpos trazados a la medida de sus caprichos, hasta cuando, en ostensibles convulsiones, se susurraron promesas ahogadas en sofocos, mientras el hormigueo los carcomía de efusión... Jamás imaginaron conquistar el Universo desde una velada presentida, consentida, y bien sentida...

De bruces sobre el lecho, con el hálito entrecortado, la tomó de sus hombros, apartó su tersa cabellera; hundió su nariz en su fragancia y, como gotas de rocío en una superficie y agua en una escalinata, se deslizó por su espalda; la bañó de finos besos que la dilataron. Fue a dar al pie de su cadera, tamborileó en su cintura, en su coxis, subió nuevamente hasta tomarla por el cuello; se tumbó sobre ella, le fue musitando los secretes de su Ser; se bamboleó un poco y cual fruta madura a punto de caer al césped, se despeñó en su resquicio, con una sensación sin fin, porque tenían las mismas proporciones... La abrazó contra su torso. Como caballos de paso, galoparon un tanto... Luego, en el mismo tálamo, ella se arrodilló y descansó sobre sus codos; él, sin corcovear, se reclinó un poco más. Siguieron cabalgando hasta cuando se agitaron al unísono de una misma convulsión equina y perdieron la respiración. Caída en ciernes, asfixiante, a punto de un desmayo revitalizador.

Minutos después, tumbada de espaldas en el lecho y con las manos tomando sus tobillos, estimuló sensaciones en él. Nada mejor que ese señuelo para compenetrarse en los ángulos de su pose en óvalo y dejarse caer en los pendientes de ella... Así, se fraguaron exóticos en sacudidas que les exprimió el vigor como limones... Al instante, inclinados de lado, ella, de espaldas a él, extendió las zancas, dejó la izquierda a lo largo del lecho, y la derecha ligeramente suspendida. Él se avivó entre sus muslos, se adosó a su cuerpo en la misma pose. Besó su cuello. Sus manos, como aleteos entrecortados, bailotearon en sus meandros. Entre profundas y sentidas cadencias, se extinguieron...

Al rato, se encendieron de nuevo. La noche no tuvo fin. Se atrajeron, se lamieron, se prometieron y se alborozaron entre resuellos. Se amaron acompasados como dulce tonada de violonchelo en Praga, afinados al sonido de las hendijas de sus almas, enredadas entre paredes tapiadas color pastel, cuyos cuerpos dibujaban a Matisse y a Picasso. Se juntaron con tal precisión, que parece que hubiesen ensayado en un guion este modo de cocerse en celo a fuego lento, o más bien, diseñado en un boceto esa manera de hallarse y perderse en la obscuridad, hasta madurarse con oblicuidad, elasticidad y malabarismos, cual estupendos acróbatas. La horma de sus cuerpos se plegó al segundero del reloj... En ese espacio, el tiempo circulaba bajo la velocidad de sus respiros. Cronómetro indetenible, sin competencia, sin apuro y sin mezquindad para imantarse hasta el amanecer. Se apreciaron livianos, calmos, como nunca antes, cual si fueran creados para encontrarse y desencontrarse en una misma temperatura, a una y misma vez, como raudales desembocando en su propio cauce...

Pese a la noche larga y sin tregua, el manjar de sus cuerpos fue su desayuno. Él, cual hechicero en despojo, bordeó los

confines de su amante dispuesta como higo maduro partido en dos. (Un torrente de sangre me sacudió al ver cómo magrea-ba su pubescencia... Y, tuve suficientes razones para sentir su complejión...) Tiernamente la besó desde la frente hasta los pies. Se inclinó y se trasegó en ella. Se hicieron infinitos en el espacio. Quince minutos fueron un buen aperitivo. Al rato, se ducharon y se vistieron... Sonó el teléfono móvil. Y, ahí estaba yo para conducirlos por la misma ruta. Ella quedó en el lugar de siempre, y él se fue confundido, esperanzado, oloroso a selva quemada.

A dos lunas, hubo un reencuentro desproporcionado, no tan agotador en el tiempo, pero sí más intenso. Como por azar, mientras comía unas fresas con cremas y compartía un momento con una amiga, repiqueteó el celular. Era ella. Le dije que en unos minutos la buscaría. Me despedí. Me dirigí a la misma dirección. Al llegar, estaba esperándome. Abrió la puerta derecha trasera del carro, se montó y la cerró. La llevé al mismo lugar donde, aquella noche, se sumergió para confirmar su presencia entre tanta ausencia. El viento elevó las hojarascas de sus pasos. El tiempo fue girando bajo el ritmo de Dios... Tomé la calzada nocturna del apacible valle. En el camino, la bruma me trajo recuerdos del largo pasillo de la novena habitación, donde se hizo prestidigitadora de mis noches. Con el ceño fruncido y el alma curtida de gozo, la llevé... Ya me sabía las instrucciones...

La misma habitación con el número 9, fue un buen presagio. Él la esperaba con la puerta abierta. Señal de bienvenida. Entró descalza. Se tomaron, se palparon. Sus dedos se juntaron para la comunión. Cada uno redescubrió, nuevamente, la medida de sus texturas. Era propicio retomarse el pulso. Para ella, un roce en el dorso y la palma de su mano le afloraba su dilatación y, palpitante, se abría. Entre celosías se filtró el

sopor de sus roces. Su vestido ceñido al cuerpo cayó al piso. Sus negros atavíos íntimos hacían contraste con su blanca piel como la nata.... Ahora pude verla mejor... En sus proporciones muy bien definidas, lucía su moldura de maniquí, muñequilla de porcelana, hurí coránica, soberana de un cuento de hadas, más agraciada que la Venus en Piscis y que el nacimiento de la Venus de Botticelli. Una mujer hecha con la verdadera bendición de Dios; Tierra Prometida de cualquier mortal... En un santiamén, él ya estaba desnudo... Y yo, a medio andar.

En la tenue calidez que los envolvía, fueron diluyéndose hasta hundirse en intensas partículas del tiempo. En cada posición pintaron sus cuerpos con la acuarela de sus humedades. Sus sombras hicieron espectáculo a la luz que supuso la existencia del epicentro de la noche en sus hendiduras. Afuera, el celaje ondulaba en praderas perdidas y el frío hacía temblar la luz de las farolas. La habitación soportó la densidad de cada instante. Los escondrijos de sus membranas y proporciones fueron ciñéndose. Las manos de él se deslizaron en la intersección de las piernas de ella, hasta llegar a su meseta. Distanció sus rodillas como acordeón. Se curvaron, se tensaron, se exploraron hasta crispase la mollera... Caí postrado, cerca de la puerta entreabierta, por donde seguía sus pasos.

Ipso facto, contra la pared, con las manos abiertas cual crucifixión, clavados el uno al otro, con los troncos pegados, engulleron sus lenguas como hostia de carne. Con devoción, fueron santiguándose y, cual redentores tentados por el pecado, midieron su fe. Con un rápido movimiento, ella, de espaldas a él, se sentía aplastada por un cuerpo que la requisaba, cual autoridad policial. Fue cediendo sin coacción, como cordero en espera del puñal en su yugular para el sacrificio. Esperó pacientemente la agudeza hasta extenuarse. Flexionaron y oscilaron sin vacilaciones. Hicieron la misma escena sobre la esquina del lecho, pero

ella abrazaba un almohadón de plumas. Se arquearon vibrantes y luego de un largo viaje, retornaron plácidos...

Sin querer ponerle fin al encuentro, mirándose el cuerpo de cada cual, frente al espejo, fueron doblándose. Acunados al redoble de sus fantasías, rieron. Sobre una alta banqueta, se sentó ella con sus piernas separadas y suspendidas al aire. Se recostó sobre el espaldar. Él, de pie, se plegó a ella, quien, sin preámbulos y por tanta humedad en su cavidad, lo haló tan fuerte que lo sintió en la punta de su matriz, abultada como el abdomen de una chicharra, donde el cimbronazo lúbrico hizo mella. Unos arrebatos la electrizaron, y a mí casi me electrocutaron de tanta energía y conexión... Luego, la tomó por las posaderas y la alzó. Los dedos de sus manos, alternadamente, coqueteaban lentamente con su estrechez corpórea... Quedaron unidos bípedamente: ella ensillada en él, que estaba firme.... Entonces, se disiparon en esplendores al espejo, miradas, caricias, besos, mimos, palabras tras palabras, resuellos, cabalgatas de paso, piruetas de ballet y péndulos de gimnasia rítmica. Otro viaje astral para los tres...

Sin soltarse, él se sentó en el lecho. Ella quedó en posición yoga. Meditó calmosamente un rato. Él se tumbó de espaldas, soltó los pies de ella y los besó. Se tornó complacida. Cada cual esculcó en la savia del otro. Conjunción a cuenta gotas, escurridiza, volátil y confusa. Se inmutaron a los balanceos y trepidaron. Se consumieron, se desgastaron, se escaldaron. Vibraron en cada célula, cada vestigio, cada partícula de sí, hasta cuando la placidez del sueño los derrotó abrazados, recostados en sus cuellos. Quedé ligero. En fracciones de minutos, a pies juntillas, me deslicé con cautela y, cerca de una ventana que estaba al final del pasadizo, como a veinte metros de la habitación 9, me senté en una banqueta...

Amaneció. Finísimos destellos de sol perforaron la bruma. Desperté sobresaltado. Al acecho, me dirigí a la habitación. La puerta seguía abierta. Avizoré por una hendidura. Aún permanecían atornillados. Al instante de palparlos con la mirada, despertaron, como si tuviese un control remoto en mis pupilas y mi voyerismo los activara. Abrieron los párpados. Se avivaron. Se dieron los buenos días. Se hicieron promesas sin saber si cumplirían. Se levantaron, se ducharon, se besaron, se mimaron; se vistieron y...

Me retiré al estacionamiento a esperarlos en el carro. Sonó el teléfono. Yo, como si nada, estaba esperando para llevarlos al lugar que, a unas cuantas leguas, los bifurcaría, por segunda vez.

Cuando se fueron, por un momento sentí el pavor del silencio y el estridente matiz de la soledad. Sin embargo, “ellos fueron el fármaco perfecto para seguir tomando con bríos el taxi y llevar de noche a otros amantes a la habitación 9”, dijo.

Cambié el canal.

A Camilo Morón

—Esta noche voy a cometer un crimen. Las ventanas de este recinto están abiertas. El hedor de la muerte merodea en mi conciencia. El hielo de la noche se disuelve en el vaso de ron que está sobre la mesa donde me encuentro sentado relatando lo que pretendo hacer. Las calles están desiertas. Se escuchan leves aullidos de perros. Mi víctima no ha llegado. Son apenas las 9:00 a.m. Al fondo se escucha a Alfredo Sadel interpretando *Mi rival*, de Agustín Lara. Anteriormente había escuchado a Rafa Galindo con la orquesta Los Melódicos, interpretando *El ruiseñor*, de F. López.... Estoy meditando con los años. Pienso mucho acerca del suicidio y sufro una leve erección que se va haciendo vigorosa a medida que pienso. Tocan la puerta. Creo que es ella. Abro, miro y no hay nadie. Debí haber sido el fantasma del despecho filosófico. Mientras espero que llegue, déjeme contarle algo, amigo. Si no quiere hablar, sé conversar con silencios, con cadáveres y con todo cuanto inexistente, pero a lo que nosotros le damos existencia. Quiero exponerle mis inquietudes acerca de la presencia del Ser —dijo, y sacó unos trozos de bolsa de papel amarillento, manchados con gotas de aceite; tenía escritas varias ideas sueltas.

—Está bien. No se extienda. Quedan pocos minutos.

—¿Qué tal esto?:

Anuncio mi consternación sobre la mano que escribe en el papel. No termino de comprender cómo ella se desprende de mí y traza palabras sin siquiera haberlas pensado y, además, colige elucubraciones, dulces, insípidas, ácidas, trasnochadas, ebrias... La mano que siente y se mueve construye y destroza el Universo, vierte cuanto de vil y abyecto existe en el tamiz de nuestra realidad social, herrumbrando la fortaleza metálica del Ser. Ella es la guía del artista, del escritor, del hombre en sí. Golpea, acaricia, aprieta, saluda, asesina, despide, dibuja siluetas anodinas a los barcos en el mar, al trasluz de la noche, a la mirada del tiempo. Ella me permite levantar el codo para tomar licor. ¿No es, entonces, la mano: sin-razón de la razón misma; mensajera del logos: razón, lenguaje, pensamiento?

Todas las manos, aparentemente, son iguales; y, en efecto, en cuanto a estructura, generalmente lo son. En cuanto a actividad individual y cultural, poseen grandes diferencias. Tenemos como ejemplo la diferencia existente entre la mano del poeta, la del legislador, la del abogado, la del filósofo y la de otras tantas dedicadas a otros oficios o profesiones. ¿Cuál de todas será la más piadosa? ¿Acaso la que zurce entre sus dedos la manta de la conciencia con vísceras perladas? ¿La que me permite beber? ¿O la que cincela los diamantes que arroja la luna en su resplandor cuando el viento silba a los duendes?

—¿Qué interesante! ¿Eso lo escribió usted?

—¡Sí!

—Suena bien.

—¿Sí?

—Claro. Es atractiva su obstinación en ejercitar su intelecto.

—Odio la ignorancia. Debo estar pensando y escribiendo. Voy a leerle un párrafo más.

—Pero sólo ese, por favor. Que el tiempo se agota.

—¡Sííí! ¡Está bien! —dijo tocándose la punta de la nariz y, sonriendo con la mirada extraviada—.

Acto seguido lee:

Levitar no es un subterfugio de la mano del alma, es el paliativo de un proscenio oscuro carcomido por la penumbra. Así es el camino del hombre guiado por su mano peluda, lampiña, grande, pequeña, oscura, clara, esbelta, fornida, manchada, desteñida... A la mano que escribe llega la palabra como por arte de magia. Danza y musita en el papel donde es deshilachada por el lenguaje. La razón trata de sanar las heridas del lenguaje generadas por los improperios de la mano que deja asentados pensamientos, los cuales, al ser escritos, se convierten en manirracionales, por la interferencia que sufren por el magnetismo de la mano.

—Excelente. Nos vemos la próxima semana. Terminó su turno. Déjeme ese texto. Hasta luego.

Tocan la puerta. Mira el reloj. Marca las 9:45 a.m. Abre. Es la enfermera con un sujeto vestido pulcramente y que luce una bata blanca. Viene ensimismado y en actitud erguida, como la de un pensador soberbio. Pasan. La enfermera sale en silencio con el paciente psiquiátrico. Cierra la puerta.

—Buenas tardes. ¿Cómo se llama usted?

—Miguel de Unamuno —dijo, y se sentó.

—Adelante, pase y póngase cómodo, maestro. Siempre lo he admirado por sus valiosos trabajos filosóficos, poéticos y ensayísticos, pues ellos condensan la profundidad del pensamiento universal.

El paciente no habló. Sólo se le podía percibir una mirada de nardos perdidos, cual crepúsculo de aurora boreal.

—Considero muy oportuna su visita. Aprovecharé el momento para leerle un texto sobre el Ser, que apenas estoy escribiendo.

Miguel de Unamuno, vestido con bata blanca, lo miró atentamente y sin pronunciar palabras. Su mirada y las muecas de su rostro eran como las de un docto de la casta de los intocables. El otro tomó uno de los trozos de papel que dejó el anterior paciente sobre la mesa y leyó en voz alta y gangosa:

El Ser es un monosílabo del cual se puede prescindir: se puede ser y no-ser. El empleo de los vocablos se debe a su valor de uso. La aprehensión obsesiva de un término supone, a veces, incongruencias, las cuales tratan de enmascarar temores y complejos psicosociales. Con respecto a los primeros, sacan a relucir la muerte como premisa mater; y los segundos se diluyen en lides por la supervivencia.

¿Qué muestra el Ser como objeto? Lo que oculta. ¿Qué muestra el Ser como sujeto? Lo que trata de ocultar. ¿Qué oculta? ¿Qué trata de ocultar? La falcidia humana. ¿Qué muestra? Guiños seductores de la falcidia humana. El Ser= res= cosa= saco de cosa... Cosa de caso... ¡OCASO!!!

Cuando terminó de leer el texto, miró para esperar algún comentario de don Miguel. De pronto sintió que un espectro

de luz lo devoraba y lo arrastraba por la habitación. La lengua se le maniató. Cerró los ojos. Soltó el papel. Llevó las manos al cuello y lo sostuvo, sin lastimarse. Parecía poseído por un ánima. Estornudó. Rápidamente se desenredó. Las comisuras de sus párpados se despegaron y pudo abrirlos. Volvió en sí. Respiró. Con mirada calma, sonrió. Observó a su alrededor. Su primera impresión es que quien estaba sentado era un hombre de rasgos faciales rudos, con el ceño fruncido y el mostacho abultado y despeinado. Le preguntó al de bata blanca:

—¿Quién eres?

—Friedrich Nietzsche.

Se le acercó, lo miró con temor e inseguridad porque no sabía cómo dirigirse a él. Intentó decirle algo. Balbuceó. Su faz se tornó incandescente y se horrorizó. Cerró los párpados. Los abrió nuevamente. Recordó el rostro de Miguel de Unamuno. Enardecido, masculló vituperios. Manoteó al aire como si fuese un pájaro, o niño malcriado. Su rostro enrojeció. Empezó a sudar. Lo agobió un sofoco enorme, se sintió incendiado.

—¡Me quemo! ¡Todo se quema! —exclamó.

El hombre de bata blanca que se desdoblaba en dos filósofos, no dijo nada. Solo observaba y tomaba notas en una libreta. Sintió que el humo y las cenizas se disipaban en el ambiente y, como serpentinas de incienso salían por la ventana que estaba abierta, llevándose a otros lares la filosofía hecha de carne de verbo, temores, resquemores, lujuria, lascivia...

El presunto filósofo para calmarlo le espetó:

—Los impulsos instintivos y racionales que pueda haber en todo ser ávido de cultura, eso es muy natural. La mística de la sabiduría está adherida al olor y el sabor de la carne; y en el tuétano de los huesos el conocimiento de la humanidad se añeja con los años, resguardado por esa fortaleza ósea. Somos de carne y de hueso y todo lo que tiene que ver con nosotros ha de ser visto de esa forma.

—La carne ¡Ay! Me quemó —gritó.

—Tienes razón. ¿De qué vale meditar sobre la carne si la nuestra corre peligro? No estoy muy interesado en oler carne chamuscada para saber su sapiencia. Salvemos nuestro pellejo. Vamos a tomar agua para que no nos quememos.

Se acercó a la mesa donde había una jarra de agua. Sirvió un vaso. Y, sin que el otro se diera cuenta, vertió un polvo blanco que rápidamente se disolvió. Le ofreció el vaso de agua. El orador se lo tomó e inmediatamente se calmó. No tuvo más euforia. Quedó en relax. Se sentó en *off*.

El psiquiatra, que se había identificado primero como Miguel de Unamuno, luego como Nietzsche, estaba en una más de sus sesiones en el sanatorio de la capital, donde habían internado a varios intelectuales ateos. En el pueblo se rumoreaba que había caído una maldición sobre los incrédulos y había empezado por los académicos, porque, presuntamente, ellos inoculaban la maldad en los jóvenes. Cumpliendo con el protocolo y la rutina, llegó la enfermera. Tocó y abrió la puerta sin mediar palabras. Venía con una silla de ruedas. Entró. Con una señal de asentimiento del facultativo, se llevó al paciente, totalmente sedado, en éxtasis, cubierto con un pequeño edredón.

—Y después, ¿qué pasó? —preguntó María a Juan.

—Bueno, según contó el profesor de psiquiatría, al día siguiente, le preguntó al paciente: “¿Qué recuerda de la sesión de ayer?”. Le respondió: “Del camello a la luna”. El profe le mencionó lo de los filósofos, y el otro le contestó: “No estoy seguro de la existencia, ni de ese momento. Deshilacho la tela de mi juicio. Sólo recuerdo lo que no olvido y olvido lo que no recuerdo”. El profe le replicó: “El recuerdo también hay que ejercitarlo recordándolo, para que no se olvide”.

—No te creo, Juan. ¿Así le dijo?

—Sí.

—¿Y después? ¿El otro no dijo nada?

—No sé. Porque terminó la clase, el profe miró el reloj y señaló: “Mañana continuamos”. Y tengo dos semanas sin ir a la Universidad.

CARLOS Y MAFER

La caféina, el alcohol y los somníferos mantienen a Carlos en un plano paralelo. Existencia bipolar, entre lo real e irreal. Ilusiones e insinuaciones. Una burbuja de realismo mágico. Embutido de certeza y fantasía. Todo lo que vive despierto y dormido es lóbrega quimera.

Es de noche nuevamente. Quiere dormir para soñar. Pero la ebriedad lo tiene amodorrado.

—Mafer dejó la puerta abierta —masculla entre dientes, seguido de tres hipos.

Calla. Se balancea hacia los lados. Se acuesta y se queda tranquilo hasta cuando una fragancia a vainilla llega a su olfato; siente la tersura, el calor y la humedad de Mafer.

—Tengo ganas de preñarla —murmura como un susurro.

Se halla perdido. Quiere vaciar la soledad de su alma. La represión agudiza su rigidez y el alcohol inflama sus pretensiones. A un costado del sano entendimiento, la razón se columpia en su mano, como si amasara el lenguaje anatómico del Ser.

“Necesito su cálida piel. Ella es mi ebriedad y ensueño. La noche no podrá quedar en blanco”, se dice a sí mismo, en silencio.

En plena oscuridad, donde nada titila, el onanismo se despliega como una sombra. Carlos, relajado con la diestra, mueve los dedos con hedónico ímpetu. Un arrebato fuerte lo despierta. En esa sensación sin igual, entre tumbos, divisa la mano de Mafer en su corazón; y la de él, en las hendiduras de ella. Entonces, medio dormidos, sonrientes, felices y en extraños hormigueos, columpian sus extremidades hasta quedar resecos en mitad del sueño. La noche se les apaga de repente.

El reloj suena a las 6:00 a.m. Ellos despiertan calmos y quietos, como si nada.

VÉRTICES

A Linda Karina Bahsas

Congelando gatos en la ventana, Andrés desata la ira de zamuros hambrientos. Descuelga el abrigo de un garfio de la pared, y, para protegerse de un resfriado (o la gelidez de la muerte) lo viste de inmediato, mientras, a su espalda, su perro lo observa con cautela: orejas caídas, ladridos en *pause* y sin mover la cola.

Enciende un cigarrillo. Aspira fuerte y exhala el humo por la nariz. Cavila. Conjetura ensimismado como marioneta. Inhala tres rápidas bocanadas y las expulsa lentamente. Una nube de humo le cubre el rostro. Imagina un futuro incierto. Saca un revólver, se santigua y, mientras apunta a su sien, implora por la salvación de su alma, la de los felinos, el perro, la nada, y...

Al oír la detonación, despierta desazonado sobre el sofá. Su perro y su gata están jugando a descongelar, con sus dientes, un pollo en el piso de la cocina.

Era una tarde soñolienta, húmeda y fría, de un mes de un año cualquiera. Discutían como siempre. Estaban en la cocina. Liliana abofeteó a Omar y salió corriendo a la alcoba a esconderse. Él estaba temblando de ira y decepción. Vaciló. Respiró profundamente. Exhaló. Pensó: “Mi honor está en juego”. Se llenó de gallardía. Tomó un pequeño cuchillo de plástico de una de las gavetas y lo guardó en el bolsillo derecho del pantalón. Fue tras sus pasos sigilosamente. Llegó a la alcoba. Ella tenía miedo. Sus pupilas brillaban de pánico. Sabía que él había descubierto su desliz con Alexander, el coordinador de Tribunales. Ella tenía habilidad para mentir y para el fornicio. Le negó todo, y, con magistral histrionismo, entre copiosas lágrimas de cocodrilo, juró una y mil veces por Dios, por los huesos de su abuela, por su vida y la de sus padres, que lo amaba a él y que jamás lo traicionaría. Se le abalanzó, lo abrazó y se lo comió a besos. Él, confundido y doblemente excitado, le dijo:

—Dime la verdad. ¿Qué pasó entre ustedes?

Sacó el cuchillo y se lo deslizó por la yugular. Recordó la sangre que mana del cuerpo de las doncellas, y, *el ojo cortado por la luna*, de Luis Buñuel.

De manera astuta y sensual, ella le expresó:

— ¿Te gusta el morbo? Te lo contaré en baladros cuando me estés embistiendo.

Lo fue endulzando con frases cortas y básicas. Se quitó la bata. Le mostró su esbeltez. Así lo desarmó completamente para arrastrarlo por las aguas de la pasión, esas que confluyen por un caudal y desembocan en un mismo punto, van a un mismo encuentro, a un sumidero, a una misma línea de sangre impregnada.

Muy dócil, le dijo:

— A donde me lleve tu amor es adonde quiero ir.

En ese momento, Omar pensó en Masoch y Sade. Y la llevó sin retorno.

Ese viernes de marzo, mientras las calles sudorosas de gente abrían paso a un transporte de pescado que llevaba ataúdes como escaleras, un helicóptero aleteaba entre zamuros. Una humareda de moscas, traspasadas de luz, revoloteaba en derredor... Nadie presintió la calidez de la muerte, hasta cuando el neumático, a orillas de la vía, manchó la resolana de sangre...

EN/SUEÑOS (DE) LA ERRANTE SOLEDAD

*A William Alberto Rangel Caicedo,
in memoriam.*

La mañana morena y fresca acaricia el velo. El pálido rostro de la ventana se ensombrece, y, como un disparo, hunde en mis párpados el reflejo del día. Mis pupilas destiñen el sueño liliáceo de la vida vegetal. Con un destello amanece...

Parpadeo. Una canción de gallos y pájaros se escucha con apariencia de sosiego. Me levanto. Hago lo cotidiano antes de salir de mi casa. Salgo. Entro a una lunchería. Le pido un pastel de carne a la chica que está de espalda en la cafetera. Lo sirve en un plato y me lo lleva a la mesa donde espero por el pastel —y no por ella— con hambre atroz, fiera y canina. Le doy las gracias. Miro el pastel. Percibo un agujero parecido al de su ombligo. Le digo que lo cambie por otro de mejor apariencia. Me mira con desdén, como si me reprochara que lo traje especialmente para mí.

Veo en sus ojos prados fértiles de lujuria, me sumerjo en ellos como en el fondo del mar se sumergen los barcos heridos, como en el pasto las serpientes, como la luna entre los árboles, como cadáver en su tumba, hasta cuando en el mínimo instante siento la tibieza de la mañana. Parpadeo. La chica, de nuevo, con otro pastel exageradamente abultado como una hallaca. Sin decir nada, lo empecé a devorar. Ella se retiró para atender a otro cliente.

Cuando iba a terminar de comérmelo, la chica traía en sus manos un jugo de guayaba sin que yo se lo hubiese pedido.

“¡Qué servicial, oficiosa y... extraña!”, me dije.

Le pedí otro pastel y exclamó, con cara de suma felicidad:

— ¡Otro! ¿Y de la misma carne?

Sonrió cuando le recalqué:

—Sí, y del mismo animal.

Fue a buscarlo contenta. Lo trajo y me lo comí. Me levanté. Fui a pagarle. Le pedí la cuenta. Tartamudeó. Gotas de sudor se deslizaron por su rostro angelical, y hasta empezó a temblar. Yo también estaba temblando en ese vaivén de miradas calvas, en ese maremágnum de mañanas hirientes, de voces en carrusel cautivo, abigarradas por olores semánticos que invaden la conciencia...

Abrí los párpados para cerrarlos de nuevo, acostarme mejor y prepararme para recibir el otro sueño o la continuación de éste, tal vez...

—**S**e oyeron los pasos de un hombre con botas tejanas. Estábamos sentadas. Un grupo oyó y otro no. Allí hay una entidad buena, creo, porque no nos hizo daño. Yo estaba durmiendo, como siempre lo hago, boca abajo. Oí ruidos: abrían la nevera, la cerraban; rodaban sillas, prendían la televisión, la apagaban, luego se iban. Mi hermano se acostó conmigo y no me dejó dormir —me dijo... y me quedé dormido.

Legó, en mitad de la noche, en plena oscuridad. Sacudió unos pantalones... Abrí los párpados y susurré frases insomnes que salieron enmarcadas en interrogantes. Anagerlys despertó. Ambos éramos partícipes de lo que estaba pasando.

Pregunté:

—¿Quién eres? ¿Y qué quieres?

No pudimos seguir durmiendo. Me levanté y recé.

—¡Un fantasma! —gritó Anagerlys.

Una voz exclamó:

—¡Soy la otra en palabras ciegas que chocan en la oscuridad buscando un destello de luz para apaciguar todo lo que siento!

Eso fue todo. Me intrigué. No pude seguir durmiendo.

—¿Qué? ¿Quién es esa loca? —dijo Anagerlys.

—Díselo —respondió aquella voz.

—¿Qué quieren saber? ¿Hasta dónde quieren llegar?
—contesté.

73

Les di la espalda. Tomé la Biblia que estaba en la mesa de noche. No pude leerla porque había mucho ruido. La dejé abierta. Observé cómo sacudía los pantalones y la cama se hundía como si sobre ella se hubiese sentado un elefante. Anagerlys miraba en silencio a través de la ventana. El ruido seguía y... No pasó nada. Sólo intrigas quedaron.

Me desperté otra vez. Estornudé. Prendí la luz. Cerré la Biblia. No había nadie más que mi sombra arrastrándose detrás, detrás del reflejo de la lámpara.

Desperto. Miro. ¿Estoy durmiendo? No sé. Creo que sentirse vivo es un presentimiento entendible, poco entendible, confuso... Tal vez, ensueño errante. Cierro los párpados. Los abro. Me despabilo. Todo se confunde en la noche: abertura por donde (me) escucho. Hacia adentro se escurre el horizonte. Llueve. Escampa. Empieza a llover de nuevo.

La puerta se parte. Se elevan cigarras al entristecido viento. Se rompen los cristales. Anagerlys charla y se acuesta, ríe y me seduce con miradas alusivas. La toco y... todo, absolutamente todo, se me olvida. Ah; jamás, jamás... Deja de llover. Sale el sol, se siguen las estaciones. Las hojas de los árboles caen como remembranza de su inédito nombre, sin sombra, mi norte..... No hay luz. No puedo ver nada en esta noche oscura y fría. Tengo sueño. Me acuesto. Desnudo el sendero, para contemplarla muda tras el espejo, bajo la luz del alba. Al otro lado, en el sueño, en mi memoria, en el último rincón de mi conciencia, en una esquina, quizás, del infierno. Ahí, donde nadie espera. Ahí, donde todo es sueño, sueño, sueño... Oscuridad del deseo. Sólo eso: sueños y... SILENCIO. No puedo más. Tengo miedo. Quizás soy hombre perdido, ciego...

Frente a un marco de vidrio, las plegarias azuzan el sopor. La luz del alba, sigilosamente, se refleja en mi ventana. Con el rostro ensombrecido y empolvado, despierto. Entre ráfagas concéntricas de parpadeos, los espejos de antiguas realidades desvisten el amanecer. Consciente, espío con detalle lo que está pasando. Y, nuevamente me quedo dormido en el lugar, donde cinco días atrás, después de pasearme mis amigos en caravanas de llantos y flores, me dejaron acompañando a mis ancestros...

TRIFOLIO ROTO

El pisapasitos Pablo, en la última reunión del Partido, como siempre, exudó la gota de su maldad, que, zigzagueante, se deslizó por su escamada piel de sierpe invisible. La inmundicia, al fondo del escenario, se presentía con un silencio cómplice. Omar, macho vernáculo, equino pura sangre y varón indomable, pidió el derecho de palabra; se enderezó sobre la silla, afincó los pies sobre el piso y, sin corcovear, estiró sus articulaciones en la fuerza de sus huesos. Como caballo herido en las frías estepas de la soledad, desenvainó su espada: la verdad, único arsenal que portaba, y, con el rudo verbo de un relincho desgarrador, enfrentó a Pablo y le deshilachó sus mentiras repulsivas. Las palabras de Omar estremecieron el lugar.

Los cómplices silentes, como avestruces gachos, alzaron sus cabezas y develaron sus rostros de aves de rapiña. Lucían como polluelos desguarnecidos. Como no tenían argumentos para defenderlo, guardaron silencio. Mientras tanto, Fernando, Mario y David quedaron estupefactos, tratando de comprender las incongruencias que profería Pablo. Omar siguió vociferando la veracidad de los hechos, porque nada era ficticio. Parecía un pastor de una iglesia luterana reprendiendo al diablo. Solo lo acompañaba su corazón gallardo. Al trote de su respiración de caballo desbocado, a través de un resquicio de luz, con su rápida artillería de vocablos, arrinconó a Pablo. Éste, trató de escabullirse con expresiones sexualizadas para

levantar el humor de los presentes. Pero ya no podía hacer nada. Eran los minutos de su final. Los reflectores de su pestilente, arrogante y rastrera gloria de jefecito se le apagaron de sopetón.

Concluida la Asamblea, Pablo y sus secuaces salieron ali-cáidos a rumorar en las tinieblas. Se les vio al acecho en la oscuridad del recinto. “Vendrán otros tiempos”, se dijo Omar con dejo de escepticismo, y se marchó acompañado de David y Mario, en un vehículo color plata, donde lo esperaba asustada Elizenda. Fernando, aterrorizado, huyó a la derecha, y, desde entonces, nadie más lo ha visto.

Anabel vive en el séptimo piso de una torre de un conjunto residencial de clase media. Jamás se le ha visto con los labios pintados, los ojos delineados ni polvo facial. Su cabello es ensortijado, pero ella se lo peina con cepillo. Es de textura semi-obesa, camina encorvada. Usa lentes. Es de tez oscura. Siempre usa ropa negra. A leguas, se le nota el rocío de caspa que lleva en los hombros de su franela, y, quizá, ella ni lo note, porque vive en una burbuja de fantasía. No usa perfume. No luce ni un rastro de feminidad que incite un mal pensamiento. Lo curioso de todo es que tiene una autoestima tan alta que se cree una mujer voluptuosa y atractiva.

Hoy, bajó a la reunión de condominio con el ceño fruncido y un mote de seriedad que asustaba a cualquiera. Traía en sus manos una taza de café caliente que tomaba a sorbos. Se justificó con que estaba terminando unas tortas, por eso llegó tarde. Se quejó de todo. Dijo que el servicio del gas era pésimo, por eso no pagaría la mensualidad. Como estaba desempleada, hacía seis tortas diarias para venderlas en el colegio de su hijo, amén de los trabajos que esporádicamente le salían por encargo: ponqués, bizcochos y quesillos. Que el dinero no le alcanzaba, y no tenía cómo pagar el gas. Tampoco le podían suspender el servicio, porque denunciaría a todos por intentar matarla de hambre; de ahí dependía su sustento familiar. Que ese servicio era importante para cocinar, bañarse con

agua tibia y, tomarse su café bien caliente... Se tomó un sorbo de la taza en sus manos.

Luego, criticó a sus vecinos por indolentes. Culpó al gobierno nacional de sus problemas económicos. Se tomó el último sorbo. Sin descaro y con una mueca de preocupación, anunció que debía retirarse porque estaba horneando tres tortas. Se metió en el ascensor, volteó hacia los presentes y, con una sonrisa, les dijo:

—Si están interesados, vendo tortas a buen precio. Ya saben dónde encontrarme.

Pulsó el botón 7, y desapareció.

Luego del divorcio, quedó incrédula. No hacía caso a ningún hombre. A todos les decía:

—El picado de culebra, cuando ve un bejuco, se asusta.

Me di cuenta de que su problema era la interpretación de la frase. Cuando le replanteé la semántica, ella hizo la excepción: Vio el bejuco; no se asustó. La culebra la picó sigilosamente.

Desde ese momento, busca el amor entre matorrales.

TERCETO PARA EL DESPECHO

Durante meses estuvo exigiéndome que le diera el puesto que merecía en la sociedad. Obstinado de esa cantaleta, le alquilé una buseta y le dije:

—Escoge el puesto que tú quieras.

Amaneció ojerosa. Tarde llegó y sin maquillaje. En su cara demacrada, el trabajo olía a gallinero. No hacían falta plumas para saberlo.

Por su manía a los protozoarios, desarrolló una extraña *neurastenia intestinal ornitofóbica*. Ella cree que los pájaros son blastocitos con alas. Por eso le hago el amor en una jaula.

DOS TRÍOS, LUEGO LA MUERTE

A Elizabeth Avendaño Cerrada

A

Ayer se hicieron las tres de la mañana. Y no llegó. Apareció en sueños. Despertó sobresaltado y la gata dormía pegada a su coxis. La ahuyentó. Prendió la tele. Se fue la luz. Empezó a llover. En la oscuridad esperó el amanecer. Al despuntar el sol, cantó el gallo. Se levantó, y sin asearse, salió despavorido. Al llegar a la esquina, venía la enfermera con la inyección. Cayó desplomado. “Nuevamente a la misma rutina”, pensó. Cuando ella lo iba a tocar, dijo:

—Maldita pesadilla de locos.

B

En la oscuridad dormía, sobresaltado, ahuyentó la gata cuando ella lo iba a tocar. —Maldita pesadilla de locos —dijo.

Se fue la luz. Despertó. Esperó el amanecer. Cantó el gallo. Empezó a llover. Se levantó. La enfermera venía con la inyección pegada a su coxis. Y, cuando ella, sin asearse, lo iba a tocar, salió despavorido. No llegó a la esquina. Y, nuevamente, al despuntar el sol, “la misma y la rutina”, pensó. Prendió la

tele. Cayó desplomado. Ayer, se hicieron las tres de la mañana. Y ella apareció en sueños.

C

— **L**ocos de pesadilla maldita —dijo.

A tocarlo iba ella cuando, pensó: “Rutina, la misma nuevamente”.

Desplomado cayó. La inyección venía con la enfermera. Al llegar ella, despavorido se levantó. Y sin asearse salió. Cantó el gallo al despuntar el sol. Esperó el amanecer en la oscuridad. Empezó a llover. La luz se fue. La tele prendió. Ahuyentó la... Pegada a su coxis dormía la gata y... sobresaltado despertó. En sueños apareció y... no llegó. La mañana de las tres, se hicieron, ayer.

Juan Alfredo era un homófilo reprimido que tenía un doctorado en Metras; por sus manos de médico y ancas de enfermero recién graduado, siempre lo confundían con un cirujano estético.

Juan Alejo, bien vestido, cabello engominado y de conversación amena, parecía un ministrón de palabras; muchos creían que era un ministro de la Cultura Nacional, pero era un hábil turiferario.

Juan Maruel, cuyo bagaje consistía en aprenderse los datos de la contraportada de los libros para recitarlos de memoria y hacer alarde de ser instruido, era el más audaz.

Eran tres pobres guijarros de cañería con ínfulas de farallones en el mar. Trabajaban en la misma empresa. Los dados que arrojaban para exhibir una fama de mampuesto, les servía para obtener réditos. Se creían eternos, inmortales y fortachones. No cabían en el pellejo de la altivez. Se consideraban la luminaria del recinto. Alzaron tanto vuelo que olvidaron a Ícaro.

Cuando llegó la inflación, el sol se posó en sus posaderas y les devaluó hasta la estrechez de su proceder, ahorrjándolos en la sombra.

LA SIBILA

A Hernán Lucena Molero

Conversaba con Julio y Memo, en la puerta de la funeraria, sobre el triste desenlace de mi primo con su novia, cuando una mano pequeña y suave se posó sobre mi hombro izquierdo como un *zunzuncito*. Al voltear yo, era la Sibila. Me dijo:

—Hola.

Me estampó un beso en la mejilla y se dirigió hacia el féretro para darle el pésame a la viuda, que estaba contemplando, tras el vidrio, el rostro pálido de su consorte. El jefe mayor, con su calvicie reluciente, estaba sentado cerca. La Sibila lo divisó. Se acercó a él. Se retiraron y apostaron a tres metros de mi espalda. La preocupación los dominaba ante la finitud de la existencia y la disolución del vasallaje. El difunto era un voto menos en las asambleas de la empresa. Además, días antes, un escrito firmado por siete sindicalistas (símbolo cabalístico que evoca los días de la semana) hacía estragos sus planes, pulverizando la celada que pensaban realizar con maromas jurídicas. Cualquier paso en falso contra los colegas incómodos en su gestión, los conduciría al tribunal, del cual no serían redimidos de sus errores inexcusables.

Memo y Julio se despidieron. Al rato llegaron Hernando y Norberto. Hicimos una menuda tertulia mortuoria. La sibila huyó nerviosa. El calvo siniestro apareció de la nada. Nos saludó uno por uno. Al darme la mano, muy sonriente, exclamó:

—¡Mi amigo, mi compañero de clases!

Y se marchó. Al rato llegó Allen. Hablamos de la muerte, el tutelaje, el derecho, la filosofía y la historia. En hojas de papel circularon comunicados de palabras y cortesía. Un verdadero enjambre de agradecimientos. En el ambiente quedó claro que, para migrar el alma del cuerpo, solo se necesita estar en el inventario del destino y de Dios.

A las 10:00 a.m., mientras los infaustos trazaban cómo actuar en la próxima obra, cuatro deudos llevaban el féretro al crematorio. Cayó el telón. Las tablas roídas del escenario quedaron prestas para otra escena, sibilina, quizás.

APÉNDICE DE TRES

“**T**e revuelcas con una mujer fea, de mampuesto, llena de manchas, que, para verse bonita, se echa un kilo de base y maquillaje —le expresó Mary a Camilo, con un mohín sarcástico y en tono burlón.

“De inmediato, con una voz engolada, él le profirió:

“—La antropología masculina del sexo no escatima esfuerzos con mujeres feas. Hay morbo. Ellas se sienten bellas en la cama. En esa ruleta *suicido* mi vanidad con orgasmos y en esos cuerpos dibujo petroglifos sin estética.

“—¡Qué estúpido eres! ¡Me das pena!

“—¿Pena? Tan solo hago malabarismos como felino en gallinero.

“Lo miró con ira. Salió y tiró la puerta. Él tomó el teléfono, y me llamó para contarme esto que escribo”, relató el locutor.

Apagué el radio.

En la reunión de ayer, el jefe, envalentonado, con una pose de macho fingido y una voz estútica, como si estuviese conteniendo un pedo por un ataque de blastocitos, expresó:

—El mundo no es de valientes, sino de pacientes.

Omar, sin pedir derecho de palabra, rápida e irónicamente, le respondió:

—¡Por eso hay tantos hospitales y la medicina es un negocio!

Luego de tantas fraseologías, terminaron hablando de la crisis económica, porque a nadie le alcanza el sueldo.

Al salir, todos, en complicidad de indigencia académica, callados y con la cabeza gacha, se dirigieron a hacer la cola del pan, como si nada, cual solidarios amigos. A fin de cuentas, jefe y subalternos son unos pobres asalariados, y ¡con fecha de caducidad!

El profe, pese a la crisis económica, siguió con su engrimientto intelectual, arengando que nació para hacer conocimientos, no oficios. Esta mañana discutió con un comerciante porque le aconsejó que mejorase sus ingresos económicos con otro empleo. Por semejante osadía, con las papadas hinchadas de soberbia, le expresó:

—Tengo seis títulos universitarios, me gradué con honores, publiqué cinco libros y soy académico reconocido. Búsqueme en internet y se dará cuenta de eso. Si yo lo busco a usted, de seguro, su nombre ni aparece. ¡Usted ni existe!

El agreste consejero, le respondió:

—Pero si me busca en los mejores restaurantes de la ciudad, sí me va a encontrar. Ahí, sin tener títulos ni tantos conocimientos, soy conocido y tengo renombre.

CONTENIDO

105

ADVERTENCIA	9
RESQUICIOS E INTERSTICIOS DE EDREDÓN	11
<i>Amable Fernández</i>	

EDREDÓN

UN TRÍO PARA ARIES	15
Al cumplir los veinte años	17
Luego	18
Saqué el paraguas	19
TRES ESTUVIERON EN TRECE	21
Al salir la luna	23
María Luisa	24
Nada detuvo la inercia	25
TRILEMA CON PUNTAS ROÍDAS	27
Luego de trajinar	29
Amaneció creyendo que era carro	30
María	31
TRÉBOL DE CUATRO HOJAS	35
Todo	37
Nadie	38
La penetré tanto	39
Por un episodio sangriento	40

INSOMNIO CON TRIÁNGULOS Y HENDIDURAS	41
Los tres en la habitación 9	43
Del camello a la luna	51
Carlos y Mafer	58
VÉRTICES	61
Congelando gatos en la ventana	63
Sin sangre	64
Este viernes de marzo	66
EN/SUEÑOS (DE) LA ERRANTE SOLEDAD	67
1	69
2	71
3	72
4	74
5	75
TRIFOLIO ROTO	77
El pisapasitos Pablo	79
Anabel	81
Luego del divorcio	83
TERCETO PARA EL DESPECHO	85
Durante meses	87
Amaneció ojerosa	88
Por su manía a los protozoarios	89
DOS TRÍOS, LUEGO LA MUERTE	91
Estar en tres	93
Los tres Juanes	95
La sibila	96
APÉNDICE DE TRES	99
Te revuelcas con una mujer fea	101
En la reunión de ayer	102
El profe	103

Esta versión digital del libro
Edredón, de Emad Aboaasi El Nimer
se realizó cumpliendo con los criterios y lineamientos
establecidos para la edición electrónica, en el año 2021.
Publicada en el repositorio institucional SaberULA,
Universidad de Los Andes, Venezuela.
www.saber.ula.ve
info@saber.ula.ve

Línea a línea, entre aforismos mordaces, Aboaasi El Nimer narra satíricamente sucesos reales (quizá autobiográficos) y, con desenfado intuitivo, convierte los acontecimientos imaginarios en confesiones del prójimo...

Lo sucinto de este *Edredón*, novena labranza (...) (del autor), nos muestra una predeterminación progresiva hacia la brevedad explícita. Así, la implacable restricción de adornos permite que cada personaje use un lenguaje libre, directo, descarnado (sin píldoras eruditas ni masajes catedráticos).

De hecho, cual labriego literario, en este nuevo sembradío, el autor abona el lenguaje con riego coloquial y alimenta la narración con vida cotidiana, sin necesidad de fertilizantes místicos ni abonos sobrenaturales.

Amable Fernández